Lección 5
26 de abril al 3 de mayo

Las maravillas de sus obras



«Al ver a las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban agobiadas y desamparadas, como ovejas sin pastor».
Mateo 9: 36

¿Qué esperas de Jesús?

INTRODUCCIÓN

Mateo 4: 22-25; Santiago 4: 2

¿Cuándo fue la última vez que presenciaste un milagro de sanidad? Si no te sorprende la ausencia de sanamientos milagrosos quizá necesites revisar tus expectativas relacionadas con Jesús.

Si has leído los textos mencionados anteriormente, algo que definitivamente debes hacer esta semana, notará el énfasis en los milagros de Jesús. Libró a la gente de demonios, ataques epilépticos, dolores y aun de la misma muerte. Esta parte de la historia no nos debe sorprender, es algo que sabemos. Pero hay un importante elemento que quizá estemos pasando por alto: el papel de las expectativas.

Lo que oyeron los llevó a actuar.

En Mateo 4: 22-25 se habla de la expulsión de demonios y de la resurrección de muertos, pero hay algo que no vemos. «Su fama se extendió por toda Siria, y le llevaban todos los que padecían de diversas enfermedades, los que sufrían de dolores graves, los endemoniados, los epilépticos y los paralíticos, y él los sanaba» (Mat. 4: 24). La gente le traía los enfermos porque esperaban que él haría algo por ellos. Lo que oían los hacía anticipar milagros futuros. Los llevó a tomar medidas, a salir de su comodidad a fin de concederle a Jesús la oportunidad de actuar milagrosamente en *sus* vidas. El que confiaran en el poder de Jesús hizo posible que fueran sanados.

Hoy tenemos que afrontar la realidad de que Dios no siempre sana. Esa será siempre una constante mientras permanezcamos en este planeta imperfecto. Pero, ¿qué podría Dios hacer de manera diferente si nosotros cambiáramos nuestras expectativas respecto a él?

Hemos escuchado de Jesús, que hace milagros y cambia vidas de manera radical. Pero, ¿creemos acaso que Jesús ha cambiado con el paso de los años? ¿O acaso tenemos la convicción interna de que Dios sigue siendo el Dios de la Biblia, que él todavía realiza milagros y transforma las esperanzas en hechos? ¿Creemos que Dios puede actuar de forma maravillosa a favor nuestro, o de aquellos por quienes estamos orando?

Sin embargo, no debemos estar únicamente a la espera de milagros. Lo más importante para Dios es mantener una relación dinámica y personal con nosotros. No obstante, él no ha cesado de realizar portentos y de sanar a los enfermos. Quizá, es que nosotros hemos dejado de esperar la realización de dichos milagros.

«No tienen, porque no piden» (Sant. 4: 2).

Jean Blackmer, Silver Spring, Maryland, EE. UU.

Domingo
27 de abril

Las obras de su corazón

LOGOS

Mateo 4: 23-25; 8: 25-27; 11: 2-6; 12: 22, 23; Hechos 3: 19-21

Obras prácticas (Mat. 4: 23-25)

Estudiar la vida de Jesús implica sentirse impactado por la compasión que lo llevó a atender las necesidades de la gente. Jesús nunca enfrentó una necesidad que no pudiera suplir. En Mateo 4: 23-25 se menciona el cargado itinerario de Jesús y de la efectividad de sus milagros.

En Galilea predicó, enseñó y sanó. La gente reaccionó ante su mensaje trayéndole problemas más serios. Antes que pasara mucho tiempo su ministerio llegó más allá de las fronteras de aquella pequeña nación. Jesús atraía de todas partes a gente con necesidades reales. Sin importar el tipo de enfermedad o problemas, en Jesús encontraban a un experimentado y poderoso sanador.

Las obras y las soluciones prácticas tienen la capacidad de traspasar las barreras del idioma, la raza o la cultura. Es interesante que esta fue la primera lección impartida a los primeros cuatro discípulos del Maestro. ¿Hemos incorporado ese primer paso a un discipulado de éxito?

Obras maravillosas (Mat. 8: 25-27)

Las obras de Jesús eran de carácter práctico; sin embargo, no por ello dejaban de ser maravillosas. Tomemos, por ejemplo, el caso de los discípulos en medio de la tormenta. Desesperados y temiendo lo peor buscaron la ayuda del Maestro.

Después de llamarles la atención por su inmadura fe, él calmó la tormenta. La reacción de ellos fue notable. Fue como si a un hombre que pedía pan le obsequiaran una panadería. El texto nos muestra que quedaron atónitos porque Jesús pudo calmar el viento y las olas. Jesús, el apaciguador de tormentas, valerosamente increpó a los vientos y al mar. Aquel día, Jesús les mostró a sus discípulos que él tenía un poder absoluto sobre las emociones y los elementos.

Este acto de Cristo estuvo tan divorciado de lo cotidiano que dejó a los discípulos estupefactos, tratando de definir la *clase* de hombre que él era. Él es cuantitativamente diferente, una figura enigmática que podía echarse a dormir durante una peligrosa tormenta, o silenciarla. Él es diferente. Maravillosamente diferente. Jesús tenía suficiente fe como para dormir durante la tormenta así como para silenciarla, y él *espera* que sus discípulos tengan esa misma fe.

Obras preocupantes (Mat. 11; 2-6; 12: 22, 23)

Juan pensó que Cristo no estaba haciendo lo suficiente, mientras que los fariseos pensaban que hacía demasiadas obras. Pareciera fácil para los cristianos y los murmuradores establecer la agenda de trabajo de Dios y decirle lo que es necesario hacer, a beneficio de quién y cuándo. Aun nosotros en ocasiones nos incomodamos cuando Dios no se atiene a nuestro programa.

Las acciones de Jesús disgustaban a amigos y enemigos por igual. Su forma de actuar confundía su noción de lo que el Mesías era y debía hacer. Sin embargo, a pesar de las críticas, Jesús no cambia su

manera de actuar. En vez de ello, desafía a la gente para que cambie su actitud respecto a su misión.

Juan y sus discípulos se preguntaban por qué Jesús no actuaba de la misma forma que Elías, haciendo que descendieran fuego y azufre sobre Herodes y los dirigentes del pueblo; exigiendo que se sometieran a la voluntad de Dios. En vez de ello, Jesús mantuvo un bajo perfil, sanando y pidiendo que sus maravillosas obras se mantuvieran en secreto. En su ministerio, Jesús «manifestaba el mayor tacto, y era siempre bondadoso y reflexivo. Nunca fue rudo, nunca dijo sin necesidad una palabra severa, nunca causó pena innecesaria a un alma sensible».* Juan estaba confundido, pensando que el Mesías seguramente actuaría de la misma forma que él.

Por otro lado, los fariseos actuaban cegados por los celos. La gente reconocía a Jesús como el hijo de David. En el auge de Jesús los fariseos vislumbraban su propia caída.

La forma en que ellos manejaban sus dudas es aleccionador para nosotros. Juan le comunica a Jesús sus dudas calladamente, pero los fariseos lo insultan en público. Dicen llenos de odio que más bien él es hijo de Satanás. Temerosos de que la gente tuviera razón, se enfrentaron al Salvador en vez de someterse a sus planes de trabajo.

Los creyentes y los escépticos encuentran por igual que la obra de Cristo es una piedra de tropiezo. Sin embargo, los creyentes pierden su asidero temporalmente, mientras que los escépticos al caer son desmenuzados por la Roca (Mat. 21: 44; Rom. 9: 33). Juan, el fiel precursor de Jesús, debía beneficiarse al recordar algo. Al repasar la misión de Cristo, revivió su fe en la agenda divina. Pero los murmuradores, los fariseos y los demás que veían cómo su influencia se desgastaba, no supieron disminuir en lo que Cristo crecía.

Obras restauradoras (Hech. 3: 19-21)

El capítulo 3 de Hechos relata la forma en que Pedro y Juan sanaron a un tullido que se sentaba a pedir limosnas en la puerta del templo. Aunque Pedro y Juan se gozaban con el mandato de continuar la obra que Jesús había comenzado en la tierra. El sanamiento de aquel hombre creó un gran interés en el sermón de Pedro y en el paradigma de la obra de Cristo en el ámbito universal.

Pedro dirige su atención al futuro, a la más elevada obra renovadora. Cristo asciende a ponerlo todo en orden. Asciende a bendecir el universo que está ahora bajo la maldición del pecado, a fin de llevarlo a una «perfecta armonía». Ansiosamente esperamos la inauguración de la más gloriosa obra del Restaurador del universo: un cielo nuevo y una tierra nueva.

PARA COMENTAR

1. ¿Qué diferencias se notarían en tu vida si entregaras tus proyectos y ambiciones a Dios?
2. ¿Qué te entusiasma más acerca de la obra de restauración cósmica de Jesús?
   A. La paz universal.
   B. La abundancia de salud.
   C. El compañerismo eterno.
   ¿Por qué?

___

* *Obreros evangélicos*, p. 123.

Sheldon R. Bryan, Loma Linda, California, EE. UU.

Lunes
28 de abril

«Excepto que vean señales y prodigios»

TESTIMONIO

Mateo 8: 5-13; Juan 4: 43-54

«Como un fulgor de luz, las palabras que dirigió el Salvador al noble desnudaron su corazón. Vio que eran egoístas los motivos que le habían impulsado a buscar a Jesús. Vio el verdadero carácter de su fe vacilante. Con profunda angustia, comprendió que su duda podría costar la vida de su hijo. Sabía que se hallaba en presencia de un Ser que podía leer los pensamientos, para quien todo era posible, y con verdadera agonía suplicó: "Señor, desciende antes que mi hijo muera". Su fe se aferró a Cristo como Jacob trabó del ángel cuando luchaba con él y exclamó: "No te dejaré, si no me bendices (Gén. 32: 26)».[1]

«Cristo había dicho al noble cuyo hijo sanara: "Si no viereis señales y milagros no creeréis" (Juan 4: 48). Le entristecía que su propia nación requiriese esas señales externas de su carácter de Mesías. Repetidas veces se había asombrado de su incredulidad. Pero también se asombró de la fe del centurión que vino a él. El centurión no puso en duda el poder del Salvador. Ni siquiera le pidió que viniese en persona a realizar el milagro. "Solamente di la palabra —dijo—, y mi mozo sanará"».[2]

El noble, al igual que el centurión, acudió a Jesús con un pedido de sanidad. Uno acudió con una actitud de «cuando lo vea creeré», mientras que el otro lo hizo con la actitud de «yo sé que tú puedes, y lo harás». Uno de ellos por poco no obtiene la bendición que deseaba, mientras que el otro fue encomiado por Jesús a causa de su fe. ¿Qué motivó la diferencia entre ambas actitudes? El centurión «no confiaba en su propia bondad; su argumento era su gran necesidad. Su fe echó mano de Cristo en su verdadero carácter. No creyó en él meramente como en un taumaturgo, sino como en el Amigo y Salvador de la humanidad».[3]

Uno de ellos por poco no obtiene la bendición que deseaba.

La importancia de los milagros de Jesús y de sus obras no residía en los mismos actos, ellos más bien señalaban que él era el Mesías. Los milagros no eran «pruebas» en sí mismos, aun cuando eran evidencias de su divinidad. Jesús más bien deseaba que la gente acudiera a él creyendo que era el Salvador, en la plena confianza de que él no solamente sanarías sus cuerpos sino que regeneraría sus almas.

PARA COMENTAR

1. ¿Qué espacio existe en nuestra fe para las obras milagrosas de Dios?
2. ¿Existe alguna circunstancia en la que «merecemos» un milagro divino?

1. *El Deseado de todas las gentes,* pp. 168, 169.
2. *Ibíd.*, p. 283.
3. *Ibíd.*, p. 284.

Geoffrey Marshall, Spanish Town, Jamaica

Su obra de perdón y sanidad

EVIDENCIA

Marcos 2: 10-12

Capernaúm era el lugar ideal para el ministerio de Jesús debido a su heterogénea población y al hecho de que estaba en la ruta que unía a Damasco con Egipto y a Fenicia con la región del Éufrates; se encontraba asimismo a cierta distancia de Judea, el centro de la religión y los prejuicios judíos.[1]

En Capernaúm Jesús sanó muchas enfermedades del cuerpo y del alma, dando evidencias de que el reino de Dios se había acercado. Sin embargo, cuando parecía que su popularidad comenzaba a opacar el verdadero significado de su misión, salió de Capernaúm. «Jesús no se sentía satisfecho atrayendo la atención a sí mismo como taumaturgo o sanador de enfermedades físicas. Quería atraer a los hombres a sí como su Salvador. […] El mero éxito mundanal estorbaría su obra».[2] Salió de la ciudad para luego regresar a ella (Mar. 2: 1, 2) cuando el hambre espiritual se sobrepusiera a la esperanza de la regeneración física. Jesús deseaba que sus oyentes comprendieran que el perdón del pecado era lo más importante en su obra. Primeramente, debía liberar al alma esclavizada por el pecado antes de sanar el cuerpo.

No hace mucho que los científicos y los psicólogos han reconocido la gran importancia que tiene el *estrés* en el organismo. Los estudios corroboran el impacto de los cambios en la vida, los quehaceres cotidianos, los acontecimientos catastróficos y los demás elementos estresantes en la posibilidad para disfrutar de una buena salud. Un nuevo campo del saber, la *psiconeuroinmunología*, ha surgido para explorar el vínculo entre la mente y el cuerpo.[3]

En Capernaúm Jesús ilustró la maravilla de su perdón unida a la sanidad de la mente y el cuerpo. Él sabía que el paralítico necesitaba ser liberado mentalmente antes que pudiera disfrutar de la libertad corporal. «Hay hoy día miles que están sufriendo de enfermedad física y que, como el paralítico, están anhelando el mensaje: “Tus pecados te son perdonados”. […] La paz que él solo puede dar, impartiría vigor a la mente y salud al cuerpo».[4]

Jesús captó la atención de la gente mediante sanamientos maravillosos y les enseñó la verdad respecto al perdón y al pecado. No es de extrañar que exclamaran: «Jamás habíamos visto cosa igual —decían» (Mar. 2: 12). Era necesario que ellos entendieran la doctrina del perdón a fin de aceptar el propósito del ministerio de milagros de Jesús: la salvación mediante su muerte en la cruz para garantizar la liberación del pecado.

1. H. I. Hester, *The Heart of the New Testament* (Missouri: William Jewell Press, 1953), pp. 138-141.
2. *El Deseado de todas las gentes,* pp. 225, 226.
3. Philip G. Zimbardo, *Psychology and Life* (Nueva York: Harper Collins, 1992), pp. 472-487.
4. *El Deseado de todas las gentes,* p. 301.

Terry Ann Brown-Bryan, Loma Linda, California, EE. UU.

Miércoles
30 de abril

Aceptando milagros

CÓMO ACTUAR

Mateo 20: 28; 28: 20; Colosenses 2: 17

¿Has presenciado algún milagro o algún suceso que no admite otra explicación que la intervención divina?

Nunca olvidaré el día en que estaba sentado en la ribera de un frío arroyo en el interior de Mongolia, presenciando el bautismo de 18 habitantes de la región. Fue uno de esos momentos en que uno reconoce la intervención divina. Durante mi estadía en Mongolia no presencié el sanamiento de ningún enfermo ni la resurrección de algún muerto. Pero contemplé milagros. Vi cómo Dios transformaba las vidas de hombres, mujeres y niños. Esta fue una experiencia inspiradora. No obstante, veo que él realiza los mismos milagros en mi mundo de hoy. Veo como le concede la vista a los ciegos espirituales, orientación a los perdidos, agilidad a los derrotados.

El mismo Jesús que anduvo por dondequiera en esta tierra, predicando, enseñando y sanando, es el que está dispuesto a transformar vidas hoy día. Podemos aceptar las maravillas de su obra en nuestras vidas de las siguientes maneras:

1. **Manteniendo una relación con el Gran Taumaturgo.** Cuando aceptamos a Jesús como nuestro Salvador él se convierte en nuestro amigo. Él es alguien real y concede el poder para transformar la vida. Debemos nutrirnos en Dios para que nuestra fe se arraigue en él (Col. 2: 17). La fe hace que tu amistad crezca y abrirá tus ojos para contemplar las maravillas de su obra. ¡Esas maravillas pueden sorprenderte!

¡Podemos convertirnos en obradores de milagros!

2. **Mediante el poder de Dios también puedes ser un obrador de milagros.** Una vez que nos relacionemos con Jesús, seremos sus discípulos. Al parecernos más a Jesús podremos hacer lo mismo que él hizo. ¡Al vivir y hablar del evangelio seremos obradores de milagros! No subestimemos las maravillas de sus obras y la parte que podemos desempeñar. Jesús dijo: «les aseguro que estaré con ustedes siempre, hasta el fin del mundo» (Mat. 28: 20).
3. **Recuerden, todo se refiere a servir.** Jesús no realizó ningún milagro para su propia gloria. Él los realizó para la gloria de Dios y para servir a la humanidad. «Así como el Hijo del hombre no vino para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por muchos» (Mat. 20: 28). Los milagros pueden realizarse si nuestro interés está centrado en edificar el reino de Dios.

¿Qué milagros puedes observar mientras creces en Cristo?

Amy Townend, Lesmurdie, Australia

Complicaciones de la cobardía

OPINIÓN

Mateo 8: 25-27

«¡Señor —gritaron—, sálvanos, que nos vamos a ahogar!» (Mat. 8: 25). Todos, en diferentes momentos de nuestra travesía espiritual hemos experimentado tormentas que amenazan hundir nuestros sueños. La salvación del día de ayer, no importa lo dramática que haya sido, parece irrelevante ante los peligros de hoy. Cegados por el pánico y exhaustos, tratando de achicar el bote, clamamos a Dios pidiendo un milagro, preguntándonos en el medio tiempo por qué él parece no respondernos en nuestra necesidad. La respuesta de Jesús al clamor de sus discípulos nos proporciona una pausa para meditar. Jesús diagnosticó una falta de fe complicada con una dosis de cobardía (Mat. 8: 26). El hecho de que los discípulos pidieran la intervención de Jesús ante el peligro de la tormenta parece loable, y está de acuerdo con muchos sermones que utilizan el lema: «Cuando las tormentas de la vida te amenacen, clama a Dios». Hacerlo implica cierto grado de fe. No obstante, Jesús descarta esta idea y acusa a sus discípulos de cobardes. ¿Por qué?

Implícita en la respuesta de Jesús hay varias ideas. «Después de haber contemplado mis milagros, ¿por qué tienen miedo? Si ustedes afirman creer, por qué no actúan en consecuencia?» Se considera que la fe y la duda son hermanas gemelas. A menudo, nos damos cuenta que en nuestra peregrinación espiritual las dos nos acompañan. Sabemos que Dios puede, pero la pregunta es si él quiere. Pronto nuestra duda se transforma en cobardía y comenzamos a preguntarnos: «¿Qué pasará si Dios no nos socorre en esta ocasión?» Rápidamente olvidamos los milagros del pasado, mientras clamamos para que Jesús realice uno nuevo. Mientras tanto nos preparamos para cualquier chasco, en caso de que él siga durmiendo.

Jesús actúa en forma maravillosa, a pesar de la actitud negativa de los discípulos. Aun así nos preguntamos que habría sucedido si ellos no hubieran dudado. Si hubieran tenido más fe y confianza ¿no habrían podido ellos recabado el poder para calmar la tormenta?

Jesús nos aconseja hoy que no nos conformemos con creer que él puede, sino que creamos que él lo hará. Piensa en las posibilidades.

PARA COMENTAR

1. ¿Se observan milagros en tu congregación? De ser así, ¿qué resultados personales e institucionales han tenido? De no verse, ¿qué efecto ha tenido su ausencia?
2. Tomando en cuenta los numerosos casos de falsos obradores de milagros ¿cómo podemos protegernos de la incredulidad mientras ejercemos la prudencia recomendada por la Biblia?
3. ¿Por qué los beneficiarios de los milagros de Jesús estuvieron sujetos a diferentes requisitos de fe? Algunos fueron sanados por su consistente fe, mientras que otros, como los discípulos en el presente caso, ejercieron una fe limitada.

Devon Osbourne Jr., Loma Linda, California, EE. UU.

Viernes
2 de mayo

Jesús, el obrador de milagros

EXPLORACIÓN

Mateo 9: 36

PARA CONCLUIR

Cuando la gente escuchó que Jesús sanaba los enfermos, acudieron a él desde muchos lugares a la redonda. Jesús no deseaba adquirir fama como milagrero, sino como el Salvador. Él aun desea ser reconocido como un sanador de almas.

Dios está todavía listo y deseoso de hacer todo lo necesario para captar nuestra atención. Nos gusta la idea de decirle a Dios cómo y cuándo debe actuar. Pero nos incomodamos cuando él no obra de acuerdo a nuestros deseos.

Dios, a diferencia de nosotros, sabe cuál es la mejor manera de lograr su más elevado objetivo: darles un corazón nuevo a sus hijos.

CONSIDERA

- Preparar un diagrama presentando los milagros de Jesús. Incluye la respuesta de cada beneficiario.
- Memorizar uno o más textos bíblicos que te ayuden a recordar la misión terrenal de Cristo.
- Colaborar con tus amigos en un grupo pequeño para explorar la naturaleza de Dios. Discutir los temas: Dios en nuestra vida; el propósito de la misión de Cristo.
- Escribir en forma de relato algunos de los milagros que Cristo ha realizado, y sigue haciendo, en tu vida.

PARA CONECTAR

✓ Hebreos, cap. 11; *El ministerio de curación,* «El verdadero conocimiento de Dios», pp. 318-330; John Ortberg, *The Life You've Always Wanted: Spiritual Disciplines for Ordinary People.*

Christy Yingling, Battle Creek, Michigan, EE. UU.